DEL Este siempre llega un repelente. O una perplejidad de bríjula. Antes, de las democracias populares nos llegaban exclusivamen
te emisiones nocturnas en ondas cortas y agentes vendidos al oro de Moscú, que si vinieran ahora debieran ser como la recidiva socialista de Gigi el Amoroso, por aquello de la campaña de «si notas que hay oro en tus manos» es que una de tres: o que eres de los de Sofico-Matesa-Reace-Hiconsa-Eurovossi, o que te has quedado con el manojo o que el jefe trae el yarí. Pero desde que Pepín Fernández y Ramón Areces inventaron la Unión Soviética en Galerías y Semana Polaca en El Corte Inglés, las democracias populares se nos meten por las estrecheces del consumo, en la cesta del supermercado, que es una forma de infiltración mucho más ladina que la de los agentes que estropean el pasado noble y el gusqui final de celebración en la comisión negociadora del convenio colectivo. Del multiparo Este, que a veces está en el Oeste, nos llegan ahora cosas riqui-
simas: la langosta capturada en Cuba y envasada para España especialmente en Alicante; la lata del castaño ruso; la botella de vino «Sangre de vaca», cosechada en Hungría; la raqueta de ping pong importada de la Feria de Cantón; el bistec de ternera congelado en Polonia... Las perplejidades hacen temblar a más de cuatro mentes imperiales, como cuando sale por televisión el son cubano de la señora en plan bueno anunciando los puros:
—María, pues cuando tienen a estas periquitas para anunciar los Montecribros y cuando hacen unas langostas congeladas tan buenas, aquellos no deben ser tan malos, ¿no cree tú?
—Pero tanto, ¿no ves tú que los obreros de allí no comen langosta ni fuman Montecribros, que esto lo mandan por lo de las divisas?
Uno nunca sabe a qué carta quedar. Por lo menos, hasta que la reacción universal no diga aquí estoy yo. Urga una Junta Militar que envasa langosta chilena y vino tinto en cualquier punto de la Costa del Sol. Hace falta que una comisión de ex coroneles polacos ponga su salchiche-
ría en Segovia. Cuanto antes hay que montar en Alicante una planta para producir Alexanders Sol-
jenitsins en serie. Sólo así sabremos que no todo el monte es orégano. Pero, mientras tanto, por aquí seguiremos con la ilusión del socialismo de las langostas. O incluso sin las langostas. BURGOS.